

Dejémonos de rotulaciones y camuflajes y vayamos al meollo de la cuestión, aun cuando este último sea un meollo chiquito, de esos que duran los tres minutos de una «música de baile» (¡sí, sí; de acuerdo que también en esta especialidad se prodigan las obras huecas e inexpresivas!).

Porque, ingénuamente, yo me voy a preguntar: Si concedemos que la «música de baile» no tiene importancia, ¿qué armas, para defenderse, les proporcionaremos al «pasodoble» de la zarzuela X —donde se llama «romanza»—, al «vals» de la ópera Y —donde se apellida «aria»—, y al «minué» de la sonata Z —donde aparece como «2.º tiempo»—...? ¿Y qué va a pasar con la «Historia de la música», si suprimimos el estudio de la «suite de danzas» (estado germinal de lo que más tarde será «sonata» y luego sinfonía), porque resulta que esa «suite» consta de unos bailables más o menos bonitos, más o menos desarrollados, pero al fin y al cabo «música sin trascendencia» (¡perdón, J. S. Bach, por tus «Suites de danzas»!)?

Llámesese como se quiera, abogemos por la música que resuelve y cristaliza el fin que se propone. Que nos diga en unos compases —pocos o muchos— el pensamiento de su autor y los sentimientos de éste. Que sea, en fin, «música»: ¿«pura», «sinfónica», «ligera», «de baile»...? ¡Etiquetas y nada más que etiquetas!

Y en gracia y honor de la «música ligera» de todos los tiempos, recordemos cuántas obras «serias» se salvan del justo olvido, en aras de unos trozos de «música de baile», cual únicos fragmentos que trascienden al público, por llevar en

su melodía la fragancia de la flor del momento: casquivana y alegre, unas veces; sentimental y cursi, otras.

Por otro lado, a nosotros —que en música carecemos de remilgos y cumplidos— nos han dado ganas de presentarles a Vds. —con toda cortesía y ceremonia dieciochescas— unos músicos clásicos, sinfónicos, de ópera, etc., autores todos de obras bailables que nunca sintieron el rubor de escribirlas, puesto que las firmaron para que Vds. las oigan... ¿Qué mayor elogio para la llamada «música ligera»?

Luis ARAQUE

Madrid, Mayo 1947

Recuerdos que no se esfuman

Muchas de las interpretaciones que nos ofrecen las diversas orquestas de «jazz», tienen la indiscutible particularidad de pasar—después de un tiempo determinado—bastante desapercibidas, por no decir totalmente olvidadas. Muchos conjuntos sólo interesan por aquella parte musical que de momento irradian el mercado como una novedad, pero que concretamente no dejan ni un sencillo recuerdo que pueda quedar perdurable. Hay multitudes de estas interpretaciones que se pueden catalogar entre las citadas, por ser generalmente de aquéllas en que pueden ser aprendidas con mucha más facilidad que un «You rascal you» de Louis Armstrong. Recordemos lo que manifiesta Hughes Panassié en su valorizable libro «La música de jazz y el swing».

«Los discos de un Benny Goodman o